

« La primera impresión que sufre un lector que no lee por vanidad ni por distraer el tiempo, con los escritos de Rousseau, es la de que este escritor reúne á una penetración admirable de genio, una inspiración noble y una alma llena de sensibilidad, tal cual no se ha visto nunca en otro escritor, en ningún tiempo, ni en país alguno. La impresión que sigue inmediatamente á esta, es la de la admiración causada por los pensamientos extraordinarios y paradójicos que desenvuelve... Debo leer y releer á Rousseau hasta que la belleza de la expresión no me turbe ya : entonces será cuando pueda disponer de mi razón para juzgarlo. »

LECCIÓN XIV

LOS FILÓSOFOS DEL SIGLO DÉCIMO OCTAVO. — CONDILLAC,
DIDEROT, HELVETIUS Y KANT

Los filósofos del siglo décimo octavo. — Condillac (1715-1780). — Abuso del espíritu filosófico. — ¿Es necesario razonar con los niños? — Lecciones preliminares. — *Arte de pensar*. — Otras partes del *Curso de Estudios*. — La reflexión personal. — Crítica del exceso en la devoción. — Diderot (1713-1784). — Sus obras pedagógicas. — Sus cualidades pedagógicas. — Necesidad de la instrucción. — Idea de la instrucción pública. — Crítica de los colegios franceses. — Reformas propuestas. — Preferencia á las ciencias. — Modos de ver incompletos sobre la importancia de las letras. — Opinión de Marmontel. — Otras novedades del plan de Diderot. — Helvetius (1715-1771). — Paradojas del *Tratado del Hombre*. — Refutación de Helvetius por Diderot. — La instrucción secularizada. — Los Enciclopedistas. — Kant (1734-1804). — Idea elevadísima de la educación. — Optimismo psicológico. — Respeto á la libertad del niño. — Cultura de las facultades. — Prohibición de los cuentos. — Diversas especies de castigos. — Educación religiosa.

Los filósofos del siglo diez y ocho. — Si la filosofía progresó considerablemente en el siglo diez y ocho, fué debido en gran parte á los esfuerzos de los filósofos de esa época. Ya no sólo los especialistas se preocupan por la educación. Casi todos los pensadores ilustres del siglo diez y ocho abordaron ó profundizaron estas grandes cuestiones. Creeríase agotado el asunto después de haber estudiado á Rousseau; pero sin tener en cuenta la corriente pedagógica de que fué principio el *Emilio*, deben seguirse en sus vías originales, en las que marchan aislados é independientes, á los otros filósofos de esa época. Emergen algunas

consideraciones nuevas y algunas verdades definitivas en medio de sus errores y de sus concepciones sistemáticas.

Condillac (1715-1780). — Psicólogo sutil é ingenioso, émulo y rival de Locke en filosofía, no tiene Condillac, á pesar de todo, la misma autoridad en pedagogía. Y sin embargo se obtiene alguna utilidad con la lectura de su *Curso de Estudios* que no tiene menos de trece volúmenes. Esta obra es la recopilación de las lecciones que compuso para la educación del infante Fernando, nieto de Luis XV y heredero del ducado de Parma, de quien fué preceptor en 1757.

Abuso del espíritu filosófico. — Ciertamente debemos felicitarnos de que el espíritu filosófico penetra más y más en las teorías pedagógicas y no tendríamos sino elogios para Condillac si se hubiera limitado á la excelente observación de que la pedagogía es nula si no consiste en una deducción de la psicología. Pero no se detiene allí y con indiscreción, que es de sentirse, transporta arbitrariamente á la educación ciertos principios filosóficos que no es conveniente aplicar al arte de educar á los hombres, cualquiera que sea su verdad teórica. Así, Condillac, después de haber establecido el orden natural del desarrollo de las ciencias y de las artes en la historia de la humanidad, pretende imponer la misma marcha al niño.

« El método que he seguido no se asemeja á la manera cómo se enseña; pero es la propia manera con que se han conducido los hombres para crear las artes y las ciencias (1). »

En otros términos, es preciso que cada niño haga de nuevo por su cuenta « lo que los pueblos han hecho ». Es necesario que se someta á seguir paso á paso en sus lentitudes y en sus largas vacilaciones el progreso de la humanidad.

(1) *Discursos preliminares sobre gramática*, en las *Obras completas* de Condillac, t. VI, p. 264.

Hay, sin duda alguna, su parte de verdad en el error de Condillac. Las ciencias y las artes han comenzado por observaciones particulares para elevarse insensiblemente á principios generales. Y no sería hoy cuando se pensase en contradecir la necesidad de proceder de igual modo en la educación, hasta donde pueda ser factible. Es bueno, desde luego, presentar hechos al niño, conduciéndole paso á paso, de observación en observación á la ley que los domina y los resume. Pero del empleo discreto del método inductivo y experimental á las exageraciones de Condillac, hay gran distancia. No se trata de suprimir de una manera absoluta el método sintético de exposición, del que, aprovechándose de la obra efectuada por los siglos, enseña de una vez las verdades adquiridas. Sería absurdo obligar al niño á que comenzase penosamente el trabajo de los pueblos.

Lo más grave aún es que Condillac, desviado por sus preocupaciones filosóficas, pretende iniciar al niño desde el principio de sus estudios, en el análisis psicológico :

« Desde luego lo que es necesario es hacer conocer al niño las facultades de su alma y hacerle sentir la necesidad de servirse de ellas. »

En otros términos, el análisis del alma será el primer objeto propuesto á la reflexión del niño. No se trata de formarlo dotado de atención; el objeto es enseñarle lo que es la atención.

¿Cómo pudiera pensarse seriamente en convertir al niño en un pequeño psicólogo, y en escoger, como primer elemento de educación, precisamente la ciencia más delicada de todas, la que no puede ser sino el remate de los estudios?

¿Es necesario razonar con los niños? — Rousseau criticó con dureza la famosa máxima de Locke : « Es preciso razonar con los niños. » Condillac trató de volverla á acreditar y para hacerlo invoca las supuestas demostraciones de su psicología superficial é inexacta :

« Está demostrado, dice, que la facultad de raciocinar comienza desde el momento en que nuestros sentidos empiezan á desarrollarse, y que no gozamos desde nuestra tierna edad del uso de nuestros sentidos, sino porque hemos raciocinado desde muy temprano. »

Afirmación extraña que desmiente la más superficial observación. Condillac se entrega al abuso de su sensualismo psicológico, cuya tendencia consiste en borrar el carácter propio de las diversas facultades intelectuales, en hacerlas provenir todas de los sentidos y por consiguiente en suprimir la distancia que separa una simple sensación de la operación delicada, reflexiva y abstracta que se llama raciocinio. No podría admitirse, ni por un solo instante, que las facultades del entendimiento « sean, según dice, las mismas en el niño y en el hombre ya hecho. » Sin duda, hay en el niño un principio de raciocinio, una especie de lógica instintiva. Pero este raciocinio infantil no puede ser aplicado sino á objetos familiares, sensibles y concretos; sería absurdo querer dirigirlo sobre ideas abstractas y generales.

Lecciones preliminares. — Citaremos sin comentarlas, las primeras instrucciones que bajo el título de *Lecciones preliminares*, propone Condillac á su discípulo : 1º la naturaleza de las ideas; 2º las operaciones del alma; 3º las costumbres; 4º la distinción del alma y del cuerpo; 5º el conocimiento de Dios.

¿ Cómo concebir que Condillac haya tenido la pretensión de poner estas altas especulaciones filosóficas al alcance de un niño de siete años, que ni aun ha estudiado la gramática de su lengua materna? Serían más provechosas algunas fábulas ó algunas anécdotas históricas.

Pero Condillac no se detiene aquí. Cuando su discípulo conoce el sistema de las operaciones del alma, cuando ha comprendido la generación de las ideas, en una palabra, cuando á los ocho ó diez años, está tan adelantado como su maestro y ya casi capaz de escribir el *Tratado de las sensaciones*, ¿ sabéis lo que se quiere que estudie? Algo que se parece mucho á la filosofía de la historia.

« Después de hacerle reflexionar sobre su niñez, creo yo que la infancia del mundo será para él el objeto más curioso y el más fácil de estudiar. »

Arte de pensar. — Hasta que considera el espíritu de sus discípulos preparado suficientemente por el análisis psicológico y por las reflexiones generales sobre el progreso de la humanidad, se decide Condillac á hacerle entrar en el curso ordinario de estudios. Aquí desaparece el espíritu de sistema para ceder su lugar á ideas más juiciosas y más aceptables. Así, cree Condillac que « el estudio de la gramática sería más fatigoso que útil si se hiciese muy temprano. » Mejor hubiera hecho en aplicar este principio á la psicología. Antes, pues, de estudiar gramática, el discípulo de Condillac lee los poetas, los poetas franceses, entiéndase bien, y de preferencia los autores dramáticos, á Racine sobre todo, á quien hace leer hasta doce ocasiones. El conocimiento real de la lengua precede al estudio abstracto de las reglas.

Condillac compuso una gramática bajo el título de *Arte de hablar*. En ella se inspira en los autores de Port-Royal, « quienes, dice, fueron los primeros en hacer la luz en los libros elementales. » Después del *Arte de hablar* propone sucesivamente á la atención de su discípulo, otros tres tratados : el *Arte de escribir* ó retórica, el *Arte de raciocinar* ó lógica, y por último el *Arte de pensar*. No haremos el análisis de estas obras que han envejecido á pesar de las partes excelentes que tienen. El carácter general de estos tratados de educación intelectual, consiste en que el autor se preocupa de la liga de las ideas más aún que de la elegancia exterior del estilo, del desarrollo del pensamiento más que de las bellezas del lenguaje :

« Sobre todo lo que se necesita es nutrir la inteligencia como se nutre el cuerpo : es preciso presentarle conocimientos, pues son los alimentos sanos del espíritu, siendo las opiniones y los errores alimentos envenenados. Es necesario también que la inteligencia obre, pues el pensamiento se embrutece siempre que, pasivo más que activo, se mueve al azar. »

Otras partes del Curso de estudios. — Al parecer, Condillac persigue un objeto único : hacer de su discípulo un ser pensador. El estudio del latín se aplaza hasta el día en que la inteligencia, enteramente formada, no encuentre en el estudio de esta lengua sino « la dificultad de aprender las palabras. » Tiene Condillac muy poca afición á las lenguas muertas : relega el latín al segundo lugar y omite por completo el griego ; pero concede suma importancia á los estudios históricos :

« Después de haber aprendido á pensar, el príncipe emplea seis años, como objeto principal, en la historia. »

El *Curso de estudios* nos ha transmitido en doce volúmenes las lecciones de historia de Condillac. No se complace, como Rollin, en largas narraciones : analiza, multiplica las reflexiones, abrevia los hechos : filosofa más de lo que cuenta.

La reflexión personal. — Lo que hemos dicho del *Curso de estudios* de Condillac basta para justificar el juicio formado sobre su pedagogía por uno de sus discípulos, Gerando, cuando escribía : « El que habia estudiado tan profundamente la manera como se forman las ideas en el espíritu humano, no supo hacerlas nacer en la inteligencia de su discípulo. »

Pero juzgaríamos mal á nuestro autor, si después de las críticas que hemos hecho de él, no le concediéramos los elogios que merece, en especial por haber comprendido, como lo hizo, el precio de la reflexión personal, la superioridad del juicio sobre la memoria. Algunas reflexiones serán suficientes para rehabilitar la pedagogía de Condillac en el ánimo de nuestros lectores.

Antes que nada, es preciso ejercitar la reflexión personal :

«... Convengo en que puede hacer prodigios la educación que no cultiva sino la memoria, y en que los haga ; pero esos prodigios sólo duran en la época de la niñez.... El que únicamente sabe de memoria no sabe nada.... Quien no ha aprendido á reflexionar no es instruido, ó lo está mal, cosa que es aun peor. »

«... Los conocimientos verdaderos están en la reflexión que los adquiere, más que en la memoria que los carga ; y se saben mejor las cosas que se es capaz de encontrar que aquellas de que se acuerda uno. No basta pues dar conocimientos á un niño ; es fuerza que se instruya buscando por sí mismo, y el punto esencial consiste en dirigirle bien. Si se le guía con orden, se formará ideas exactas ; palpará la sucesión y la unión ; y entonces dueño de recorrerlas, podrá acercar las más lejanas y detenerse á su gusto en aquellas que quiera considerar. Puede siempre la reflexión encontrar las cosas que ha sabido, porque sabe cómo las encontró : no así la memoria que no encuentra de igual modo lo que aprendió porque no sabe cómo lo hubo. »

He allí la razón de que Condillac ponga por encima de la educación que se recibe la que se da uno á sí propio :

« Á vos toca, Monseñor, de hoy en adelante instruïros por vos mismo.... Pensaréis acaso que habéis terminado, pero yo soy quien concluyo, y vos, vos tenéis que comenzar de nuevo. »

Crítica del exceso en la devoción. — ¡ Cuán hermosas lecciones da Condillac á su discípulo para comprometerle á librarse de la tutela eclesiástica ! La elocuente página que se va á leer, escrita para un abate, prueba la tendencia á establecerse que tenia el espíritu laico en el siglo diez y ocho.

« No podríais ser mejor, Monseñor, pero si vuestra piedad no fuese esclarecida, olvidaríais vuestros deberes para no ocuparos sino de insignificantes prácticas. Porque la oración es necesaria, crearíais vuestro deber el rezar siempre, sin considerar que la verdadera devoción consiste en cumplir desde luego, las obligaciones de vuestro estado, que no os obliga á vivir en vuestra corte como dentro de un claustro. Los hipócritas se multiplicarían entonces á vuestro derredor. Los monjes saldrían de sus celdas. Los padres dejarían el servicio de los altares para ir á edificarse con la vista de vuestras santas obras. Príncipe ciego, no comprenderíais que su conducta está en contradicción con su lenguaje ; no echaríais de ver siquiera que los hombres que os alababan porque estabais siempre al pie de los altares, olvidaban que su propio deber era estar allí también. Insensiblemente tomaríais su puesto y les cederíais el vuestro ; rezaríais perpetuamente y crearíais labrar vuestra salud ; ellos dejarían de rogar y crearíais que labraban la suya. Condición extraña que pervierte á los ministros de la Iglesia para dar malos ministros al Estado (1). »

(1) *Curso de estudios*, t. X, introducción.

Diderot (1715-1771). — Para quienes conocen sólo el nombre de Diderot, en sus obras de imaginación, tan licenciosas con frecuencia, será una sorpresa ver el nombre de este fantástico escritor, inscrito en el catálogo de los educadores. Pero, se desvanecerá la sorpresa si se recuerda con cuánta flexibilidad sabía variar este potente escritor, el asunto de sus reflexiones pasando de lo agradable á lo severo, y con cuánto ardor, en colaboración con Alembert, fué el principal iniciador y el obrero infatigable de la *Enciclopedia*.

Sus obras pedagógicas. — Por lo demás no existe duda alguna. Diderot, al menos, escribió dos tratados que pertenecen á la historia de la educación: en 1773, *La refutación, seguida del libro de Helvetius sobre el hombre*, crítica incisiva y elocuente de las paradojas y de los errores de Helvetius; en segundo lugar, en 1776, un plan de instrucción completo, compuesto á instancias de Catarina II, bajo el título de *Plan de una universidad* (1).

Sus cualidades pedagógicas. — No cabe duda en que Diderot no tenía bastante gravedad en el carácter, bastante firmeza en las ideas, para ser un perfecto pedagogo. Pero en revancha, las cualidades naturales y adquiridas de su espíritu le hacían digno de la confianza que le testificó Catarina II al encargarle de la organización, al menos en teoría, de la instrucción del pueblo ruso. Desde luego tenía el gran mérito de ser un pensador universal « bastante versado en todas las ciencias para conocer el precio de ellas, y no bastante profundo en alguna para entregarse á una predilección marcada de oficio. » Mezclado en el movimiento científico de que era centro la *Enciclopedia*, alimentaba, á la vez, una pasión entusiasta por las letras. Idolatraba á Sheakspeare y á la poesía moderna, mas no por ello dejaba de estar enamorado de la antigüedad clásica y por muchos años, según dice, había sido « tan religioso cuando leía un poema de Homero como un buen sacerdote al recitar su breviario. »

(1) Véase: *Obras completas de Diderot*. Edición Fourneux, 1876-77. T. II y III.

Necesidad de la instrucción. — Diderot, y en ello está su gloria, se distingue de la mayor parte de sus contemporáneos y del mismo Rousseau, por su ardiente fé en la eficacia moral de la instrucción:

« Lejos de corromper, exclama, la instrucción suaviza los caracteres, esclarece los deberes, sutaliza los vicios, los sofoca ó los vela... Me atrevería á afirmar que la pureza de la moral ha seguido los progresos de los vestidos, desde la piel de la bestia hasta la tela y la seda. »

Y deduce la necesidad de la instrucción para todos:

« Desde el primer ministro hasta el último paisano, es bueno que todos sepan leer, escribir y contar. »

Y propone á todos los pueblos, seguir el ejemplo de Alemania con su instrucción primaria tan poderosamente organizada. Pide escuelas, que estén abiertas para todos los niños, « escuelas de lectura, de escritura, de aritmética y de religión, » en las que se estudie también un catecismo moral y un catecismo político. La concurrencia á estas escuelas se hará obligatoria; y para hacer posible la obligación, Diderot pide que sean gratuitas. Aun vá más lejos, pide que el niño sea alimentado en la escuela, y que á la vez que libros encuentre en ellas el pan.

Idea de una instrucción pública. — Como todos los que desean sinceramente una organización poderosa de la instrucción, Diderot concede la dirección al Estado. Su ideal de la universidad rusa tiene gran parecido con la universidad francesa de 1808. Le da como jefe un hombre político, un hombre de Estado, á quien se someterían todos los asuntos de la instrucción pública. Llega hasta confiar á este gran amo de la universidad el cuidado de presidir los exámenes, el nombramiento de los directores de colegio, la expulsión de los malos alumnos, la deposición de los profesores y de los prefectos.

Crítica de los colegios franceses. — La enseñanza secundaria, la que se llamaba entonces *Facultad*

de artes, es el principal objeto de las reflexiones de Diderot. Critica con extrema viveza el sistema tradicional, y su requisitoria, aunque á veces injusta, merece citarse :

« En la facultad de artes se estudian todavía hoy, bajo el nombre de bellas letras, dos lenguas muertas que no son útiles sino á un corto número de ciudadanos ; allí es donde se las estudia seis y siete años sin aprenderlas ; donde bajo el nombre de retórica se enseña el arte de hablar antes del arte de pensar y el arte de bien decir antes de tener ideas ; donde bajo el nombre de lógica se llena la cabeza con las sutilezas de Aristóteles y con su muy sublime y muy inútil teoría del silogismo y que en cien páginas oscuras se diluye lo que podría exponerse claramente en cuatro ; donde bajo el nombre de moral no sé lo que se dice, pero sé que no se dice una palabra ni de las cualidades del espíritu ni de las del corazón ; donde con el nombre de metafísica se agitan tesis tan frívolas cuanto espinosas, los primeros elementos del escepticismo y del fanatismo, el germen de la desdichada facilidad de dar respuesta á todo ; donde con el título de física se agotan las disputas sobre los elementos de la materia y sobre los sistemas del mundo ; ni una sola palabra de historia natural, ni una de química, poco, muy poco sobre el movimiento y la caída de los cuerpos ; poquísimas experiencias, menos aún de anatomía, nada de geografía (1). »

Reformas propuestas. — Después de una crítica tan fogosa, Diderot tenía el deber de proponer serias y profundas reformas, pero no todas las que sugiere son merecedoras de elogio.

Debemos notar desde luego la idea, vuelta á tomar en nuestros tiempos por Augusto Comte y por la escuela positivista, de la liga y subordinación de las ciencias, clasificadas en cierto orden, según suponen la ciencia que ha precedido ó facilitan el estudio de la ciencia que sigue y también según el grado de su utilidad. Sobre este último principio basa Diderot, sobre todo, la distribución de los estudios escolares, después de haber hecho notar que el orden pedagógico de las ciencias no es el mismo que su orden lógico :

« El encadenamiento natural de una ciencia con las otras le designa un lugar, y la razón de utilidad más ó menos general le asigna otro. »

(1) Obras, etc., t. III, p. 459.

Sólo que Diderot olvida que es fuerza tener en cuenta en la distribución de los estudios, no únicamente el principio de utilidad y que lo esencial sobre todo, es apropiarse el orden á los progresos de la edad y á las aptitudes de la infancia.

Preferencia por las ciencias. — Aunque igualmente apasionado de las letras y de las ciencias, Diderot no supo equilibrar la balanza entre la educación literaria y la educación científica. Antes que Condorcet, antes que Augusto Comte, desaloja el centro de la instrucción y concede la preponderancia á las ciencias. De las ocho clases que componen su Facultad de artes, las cinco primeras se consagran á las matemáticas, á la mecánica, á la astronomía, á la física, á la química. La gramática y las lenguas antiguas se relegan á las tres últimas, que corresponden, poco más ó menos, á lo que se llama en nuestros colegios el segundo y la retórica.

Lo que es necesario reprochar aquí á Diderot no es sólo la reducción inconsiderada de las letras : es también la mala distribución de los estudios científicos al colocar las matemáticas antes de la física. Por mucho que nos diga que « es más fácil aprender geometría que aprender á leer », no nos convence. Es un error grave llamar desde luego la atención infantil con las abstracciones numéricas, dejando desocupados los sentidos, cuanto diferir tanto el estudio de la historia natural, y el de la física experimental, ciencias hechas verdaderamente para los niños, puesto que, según la expresión del propio Diderot, « son un ejercicio continuo de los ojos, del olfato, del gusto y de la memoria. »

No basta, para excusar el error de Diderot, hacer constar que su discípulo no entra á la Facultad de artes, hasta los doce años ; pues hasta esa edad aprenderá nada más : lectura, escritura, ortografía. Además de que es permitido pensar que sus primeros años han sido mal empleados, es evidente que, á los doce años, no está el espíritu suficientemente maduro para sujetarle á las frías deducciones de las matemáticas.

Modos de ver incompletos sobre la importancia de las letras. — La actitud de Diderot frente por frente de las letras clásicas, es para sor-